

Pero Corentin tuvo bastante dominio sobre sí mismo para permanecer impassible.

Jacobo volvió á llenar el vaso y lo apuró de un sorbo.

Tienes razon, murmuró. Es preciso que esa mujer desaparezca.

—Pero es una empresa en la que arriesgamos el pellejo, repuso Corentin pasándose la mano por el cuello.

—¡Bah! exclamó despreciativamente Jacobo. No se muere mas que una vez. Nadie puede averiguar quién ha disparado una bala que se pierde en el bosque. ¿Cuándo damos el golpe?

Corentin se levantó, y cogiendo un candelero de bronce, lo encendió.

—Vamos á acostarnos, dijo. Mañana tenemos tiempo de pensar lo que debemos de hacer.

Un momento despues, Jacobo dormia profundamente y Corentin soñaba que veia á Nicolasa, de quien estaba ferozmente enamorado, cruzar el bosque al trote de su caballo, hermosa y altanera como una reina.

## XV.

### El secreto de Nicolasa

El castillo de Santa Gilda, más que una residencia de seres vivientes, parecia una vasta necrópolis.

Para dar animacion y vida á aquella inmensa mole de piedra, se hubiera necesitado todo el aparato de las antiguas cortes feudales: hombres de armas, pajes,alconeros, damas, galanes, caballos piafando en los patios y jaurias de perros ladrando alegremente.

La gravedad conventual de la marquesa de Fontenrose aumentaba la tristeza de aquel palacio de la Bella durmiente; pero un día del mes de Setiembre, con sorpresa general de los habitantes del castillo, cambió la decoracion.

Roger de Ambarés era esperado de un momento á otro y el conde Máximo de Presle habia ya anunciado oficialmente su visita.

La misma actividad que en el castillo se advertia en sus dependencias.

El señor Malo Briquebec iba de un lado á otro dando órdenes á los criados y cuidando de que fuesen ejecutadas fielmente.

Los cocheros reparaban las pinturas de los carruajes y limpiaban los arneses.

Los jardineros limpiaban de malezas las calles de árboles que conducian al castillo.

Las criadas barrian los inmensos salones y sacudian el polvo de los tapices que cubrian las paredes y las colgaduras monumentales de los balcones.

Los hortos estaban encendidos y los cocineros, alumbrados por sus rojizos resplandores, parecian una legion de demonios.

La vida había reemplazado á la muerte.

Eran las siete de la tarde.

Ya habían llegado al castillo, hacia dos días, el baron de Fontrailles, la baronesa, su hija, la vizcondesa de Revilly, encantadora viuda, que todavía no se había despedido del amor, el viejo general Chamberfot, ruina ilustre del ejército y de la galantería, y el capitán Estrelles, que había conseguido un mes de licencia.

Nicolasa y la vizcondesa esperaban á que cerrase la noche paseándose por el jardín.

—¿Con que esta noche llega por fin? preguntó la vizcondesa.

Nicolasa contestó con un movimiento de cabeza afirmativo.

—No parece que es de vuestro agrado el matrimonio que se prepara.

—Pero es del agrado de mi madre.

—Sin embargo, no es vuestra madre quien se casa.

—Es verdad; pero, según dice la señora Simonet, que está sentada en aquel banco pasando las cuentas de su rosario, las hijas no pueden ni deben tener más voluntad que la de sus madres.

—¿Y os habeis dejado convencer?

—Convencer, no; pero me dejo llevar.

—Tal vez hagais bien. Yo elegí por mi misma, negándome á oír y seguir toda clase de consejos, siendo el favorecido el vizconde de Revilly, que era uno

de los hombres más distinguidos de su tiempo. Dirigía un cotillon como un maestro de baile, y montaba á caballo como un maestro de equitación. Su conversacion seducía...

—¿Y fuisteis dichosa con él? preguntó Nicolasa.

—No.

—¿No?

—Pero en cambio, la señorita de Brayssac, á quien conocéis y con quien yo me eduqué en el colegio del Sagrado Corazon, hizo lo contrario, escarmentada por mi ejemplo, y se unió, con los ojos cerrados, al hombre á quien la destinó su familia. Un excelente muchacho, educado en el amor y en el temor de Dios, que no sabia del mundo ni de la sociedad sinó lo que le habían contado...

—¿Y sería feliz?

—Ha sido más desgraciada que yo, porque todavía no ha enviudado, y según todas las probabilidades, la enterrará su marido.

—De manera que el matrimonio...

—¡No me hableis de él!

—¿Os volveréis á casar?

—No lo creo. Los hombres son como las setas. Abundan más las malas que las buenas.

—Y sin embargo, unas y otras se comen.

En otra parte del jardín discutían el baron de Fontrailles y la marquesa sobre algunos puntos de teología muy oscuros.

Se trataba de los misterios.

El baron no era una gran antorcha para iluminar las tinieblas sagradas, contentándose con oponer á las afirmaciones de la marquesa, su incredulidad.

En esto sonó la campana del castillo que llamaba á los huéspedes al comedor.

La noche habia cerrado completamente.

El general Chamberfot, que queria emplear útilmente su tiempo, entró en el comedor dando el brazo á la institutriz de Nicolasa, la señora Simonet.

El capitán Estrelles dió el suyo á la vizcondesa de Revilly.

La marquesa hizo sentar á su lado al rector de Santa Gilda.

—A propósito, dijo el gendarme despues de haber apurado el primer plato de sopa, y dirigiéndose á la baronesa de Fontrailles, ¿qué ha sido de la institutriz que conocí en vuestra casa hace dos ó tres años?

—No lo sé, contestó la baronesa, que era indulgente con todo el mundo. Ha renunciado á una posición que es ingrata de por sí, y creo que ha hecho bien.

—Era una muchacha encantadora, añadió el general. ¿Cómo se llama?

—Juana Trelan.

—Nicolasa volvió bruscamente la cabeza para mirar al general.

—Los Kerandal tenian unos parientes que llevaban

aquel apellido y, si sus padres lo habian olvidado, ella lo recordaba.

—Baronesa, prosiguió el general; una mujer tan hermosa no se puede tener impunemente en una casa. Habeis hecho bien en despedirla.

—En efecto, he visto pocas mujeres mas hermosas, se atrevió á decir el baron. ¿No es verdad, capitán?

El capitán Estrelles se puso encarnado como la grana.

No habia olvidado la escena en que habia desempeñado tan triste papel.

—¿Conociais á esa jóven, le preguntó la vizcondesa.

—Sí, contestó el capitán.

—¡Es singular! exclamó Nicolasa. ¿De dónde era esa muchacha?

—De la isla de Borbón. Es criolla.

—Y huérfana, añadió la baronesa.

La comida habia terminado, y los huéspedes de la marquesa pasaron al salon, que reunia á la grandiosidad de todas las construcciones de su época, el lujo de los tiempos modernos.

El general se sentó al lado de la señora Simonet, que, para un hombre de su edad, no era una conquista despreciable.

Al primer golpe comprendió que el enemigo no tenia confianza en sus fuerzas, y se preparó al ataque.

Los demás personajes, unos se paseaban en grupos

á lo largo del salón, y otros contemplaban las maravillas de arte que encerraba.

La marquesa departía á la puerta con el señor Malo Briquebec y el barón de Fontrailles acerca de los preparativos de una gran partida de caza que quería ofrecer á sus huéspedes.

Nicolasa iba á sentarse al piano, cuando un criado anunció al señor de Ambarés

Roger hizo su entrada en el salón con el aplomo de un actor consumado.

Sus pesares íntimos no se reflejaban en sus facciones, pero como era tarde, después de los primeros cumplidos, los convidados de la marquesa empezaron á desfilarse en dirección á sus respectivas habitaciones.

Cuando Nicolasa entró en las suyas, el reloj dió las once.

Después de reemplazar su espléndido vestido de seda por una bata de muselina, se sentó al lado de su *secretaire*, sacó de uno de sus cajones un pliego de papel azulado, escribió en él estas tres palabras: «Mi querida Marta» y arrojando la pluma sobre la mesa, se levantó y se asomó á la ventana.

Recostada sobre su alfeizar, fijó primero una mirada en el cielo y luego dirigió sus ojos hácia la inmensidad de los campos que rodeaban el castillo.

Era el silencio en las tinieblas, la soledad del vacío

fundiéndose á lo lejos en las profundidades de un océano sin fin.

Y su vida le parecía tan triste, tan sombría y tan solitaria, como aquel horizonte perdido en la sombra, donde no brillaba más luz que la de los faros de la costa, donde no oía otro ruido, que el grito lúgubre de las aves nocturnas que se llamaban unas á otras.

Era joven, era rica, y sin embargo, en sus labios vagaba esta exclamación:

—¡Qué triste es la vida!

En el aislamiento á que sus padres la habían condenado, Nicolasa no había encontrado más que un refugio: sus sueños.

Y se encerró en ellos como en un convento, no dando á nadie la llave del santuario en que guardaba los ideales de su imaginación sobreexcitada:

Se había impuesto un fin y quería alcanzarle.

Pero, de repente, su madre vino á colocarse entre aquel fin y ella.

¿Qué debía hacer?

¿Sacrificar la voluntad de su madre á sus ideales, ó hacer prevalecer sus ideales sobre la voluntad de su madre?

Cuando más entregada estaba á la resolución de este problema, sintió el ruido de una ventana que se abría en la torrecilla del castillo que daba enfrente de su pabellón, y vió dibujarse una sombra delante de ella.

Nicolasa y la sombra permanecieron inmóviles un momento y absortos en la misma contemplacion.

Pero antes de retirarse la sombra, creyó Nicolasa que la habia mandado un beso con la mano.

Y no se engañaba.

Era Roger, que habiéndola visto, se habia asomado á la ventana enviándola aquella enamorada y muda declaracion.

Nicolasa retrocedió, cerrando bruscamente la ventana, y volvió á sentarse delante de su *secretaire*.

«Querida Marta,» habia escrito en el pliego de papel azulado, y cogiendo la pluma continuó:

»Tengo necesidad de una persona á quien »abrir »mi corazon, y pormás que la busco á mi alrededor »no la encuentro.

»Sé tú esa persona y, abandonando por un momento tus placeres, tus galas y á tu marido óyeme:

»Es una obra de caridad que Dios te premiará en el »otro mundo.

»Tú eres feliz, Marta. Tienes dos amores á que consagrar tu vida; Tu marido y tu hija. Yo no tengo »ninguno. Estoy triste y sola, sin un corazon que palpite al unísono con el mio.

»Me equivoco. Hay dos personas que me aman sinceramente: mi palafranero Binic, que es el hombre »más gordo del país, y un guarda-bosque que se llama Juanillo y que es tan flaco que le llaman de mote »*la aguja*. Los dos se dejarían matar por mí.

»Me asaltan pensamientos muy tristes. ¿Qué dirás »que he hecho hoy? He redactado mi testamento. ¡Qué »distraccion tan singular! exclamarás. Tengo momentos de verdadera desesperacion. Pregunta á tu marido, que sabe tanto, si la soledad puede engendrar la »locura. Sí, Marta, tu Nicolasa, tu compañera de colegio en el Sagrado Corazon, se pasa la vida llorando »entre cuatro paredes. Pero no lo sabe nadie. Todo el »mundo me cree feliz y me envidia.

»¿Serás discreta? Tengo una tercera persona que »me ama, pero de una manera tan singular, que no »sé si es amor ó es ódio lo que le inspiro, y tengo »miedo saberlo.

»Cuando estuve en París pensé hablarte de esto, »pero no me atreví.

»Tal vez no me hubieras comprendido.

»Esta timidez te asombrará en mí, que presumo de »valiente, pero no por eso es menos cierto que soy tímida como una oveja. Sólo á tí te lo confesaría.

»Vamos por partes.

»Entre las distracciones que he buscado para hacer »mas llevadera mi soledad, una ha sido estudiar la »genealogia de mi familia. Y ¿sabes lo que he conseguido averiguar como resultado de mis largos y »profundos estudios?

»He averiguado que el día que muera, los herederos de mi nombre y de mi fortuna serán las gentes »mas pobres del país.

»Viven á tres leguas de Santa Gilda, en Penhoet, en un caseron inmenso y medio destruido, se llaman los Kerandal, y son realmente los descendientes de los Kerandal, el apellido mas antiguo y mas noble de la Bretaña.

»Habia otra rama de la familia, los Trelau, más pobre todavía, pero esta rama ha desaparecido.

»El hermano mayor de los Kerandal labra la tierra, y los otros dos son cazadores furtivos. Nuestros bosques son su campo de batalla.

»Yo no les culpo. ¿Qué han de hacer?

»Mi madre les aborrece. No sé por qué. La pobreza no es pecado. Dentro de un siglo puede que los Fonterose tengan que hacer lo mismo para no morir de hambre.

»Te preguntarás la relacion que puede haber entre mi tercer enamorado y esta historia.

»Vas á saberlo:

»Debes suponer que estoy todo lo menos que puedo al lado de mi madre.

»Ella gusta de la soledad que á mí me espanta y procuro no turbarla sinó muy rara vez. Tengo un compañero con el cual recorro el bosque. Mi caballo. Un soberbio caballo á quien he bautizado con el nombre de Záfiro.

»Siempre que voy al bosque, y en los sitios mas agrestes, veo dos ojos del mismo color de mi caballo fijos tenazmente en mí.

»Me miran de una manera, que unas veces me halaga y otras me espanta, turbándome siempre.

»Aquellos dos ojos pertenecen á un hombre alto, fornido, y de un aspecto tan gallardo, tan noble, que revela al primer golpe de vista su origen.

»¡Qué diferencia entre este hombre y los hombres de los salones de París!

»Voy á presentártelo.

—»Marta, este caballero es mi primo Corentin Kerandal.

»Salúdale y continuemos.

»¡Pobre muchacho!

»¡Si vieras qué mal vestido va! Pero, ¡si vieras la pureza de las formas que se dibujan debajo de aquellos andrajos!

»Siempre que paso á su lado se quita respetuosamente el sombrero.

»Hace diez años que le veo todos los dias. Siempre está lo mismo. Parece que el tiempo no pasa para él.

»Algunas veces creo ver en sus miradas una súplica y otras veces una reprension.

»Mi padre les han abandonado á su suerte porque el suyo se casó con una mujer pobre y que no era de su clase.

»¿Puede ser esto un crimen?

»Si la amaba, hizo bien en casarse con ella.

»Son cuatro hermanos y una hermana, que es todo  
»lo hermosa que quieras figurártela.

»Su madre vive todavía, pero dicen que no está  
»en su cabal juicio.

»El hermano que yo no conozco está estudiando  
»en París.

»Voy á decirte los términos en que está con-  
»cebido mi testamento:

—»Lego todos mis bienes á mi primo Corentin Ke-  
»randal; si él muere, á sus hermanos y á su hermana,  
»y á falta de éstos, á mis parientes mas próximos por  
»parte de mi padre. Además, dejo dos mandas de  
»3.000 francos de renta cada una, á mi palafranero  
»Binic y al guarda de campo Juan, conocido con el  
»mote de *la Aguja*.

»Mis bienes proceden de los Kerandal y quiero que  
»vuelvan á los Kerandal

»¿Qué te parece?

»Te advierto que no he consultado con nadie mi úl-  
»tima voluntad, y me ratificaré en ella dentro de  
»ocho días.

»Yo no amo á nadie, y algo he de hacer por las  
»tres personas que me aman.

»¿Qué iban á hacer con toda mi fortuna Binic y  
»Juan?

»Por eso se la dejo á Corentin y á su familia.

»Cuando te digo que me ama, puedes creerme. En  
»esto no nos equivocamos nunca las mujeres.

»Sin embargo, créeme, nunca se ha atrevido á de-  
»clararme su amor.

»Apenas me ha dicho una docena de veces en los  
»diez años que hace que le conozco;—«Buenos días  
»ó buenas tardes, señorita Nicolasa.»

»Si lo supiera mi madre, le haria colgar de un árbol.

»Cuando vengas á Santa Gilda, te enseñaré el sitio  
»en que nos vemos todos los días.

»Se me olvidaba decirte que ya tenemos aquí á  
»los barones de Fontrailles y al capitán Estrelles, que  
»no hace otra cosa en todo el día que mirarse al  
»espejo. También nos han honrado con su visita el  
»general Chamberfot, que trata de refrescar sus lau-  
»reles de calavera haciendo la corte á mi institutriz  
»la señora Simonet, y también ha venido la vizcon-  
»desa de Revilly.

»He dejado para lo último á Roger de Ambarés, que  
»es el marido que quiere darme mi madre.

»No hemos hecho más que cambiar unas cuan-  
»tas palabras.

»¿Qué diferencia entre él y Corentin, Marta!

»La misma diferencia que hay entre un figurín y un  
»hombre.

»Sin embargo, haré todo lo que pueda por acos-  
»tumbrarme á él, á fin de dar gusto á mi madre.

»¿Sabes lo que acaba de hacer?

»Me ha enviado un beso con la mano, desde su  
»ventana.

»Yo le he contestado cerrando de golpe la mía.  
 »¡Qué atrevimiento! ¡Tan pronto!  
 »Es la una de la madrugada. Ya es hora de cerrar esta carta.  
 »No te pido por estas cuatro páginas más que diez ó doce líneas hablándome de tí, de tu hija y de tu marido.  
 »Si no te molesto, te escribiré todo lo que vaya ocurriendo.  
 »Adios, adios, Marta mía.

»NICOLASA»

## XVI.

### A todos los vientos

Roger, despues de haber saludado de tan singular manera á su prometida, cerró á su vez la ventana, y, como Nicolasa, se sentó al lado de una mesa en que habia papel, tintero y plumas y se puso á escribir esta carta:

«Mi querido é inclito amigo: Estoy tentado por escribirte en fabla antigua. Desde que me encuentro aquí se me figura que he retrocedido dos siglos cuando menos. Todo lo que veo, empezando por mí, me parece fuera de época.  
 »Muros] de cárcel, torres redondas, cuadradas y

»octógonas, veletas giratorias, techos empizarrados y fosos llenos de agua lamiendo los muros.  
 »He aquí el exterior  
 »En el interior, inmensos corredores de piedra, escaleras de piedra y habitaciones tan altas de techo, que reducen al hombre de mayor estatura á las proporciones de un liliputiense.  
 »Esta es la jaula, y por cierto que no le falta grandiosidad.  
 »Pero todo esto es triste, muy triste, y sólo podría soportarlo un mes seguido una mujer de los gustos y de las costumbres de la señora marquesa de Fontrose, que, mas que para el mundo, ha nacido para el silencio y la soledad de los conventos.  
 »Es muy solemne mi buena tía.  
 »Siempre oficia de pontifical.  
 »Será una buena suegra, porque vive alejada de todas las cosas de este mundo.  
 »Me ha acogido con el cariño de una madre.  
 »Nadie la creia en el castillo capaz de tanta ternura.  
 »Cualquiera se hubiera figurado que era ella la novia.  
 »El corazon de las mujeres es un abismo insondable.  
 »Pero... sigue leyendo.  
 »¿Qué luz dirás que basta á llenar de resplandores



»deslumbrantes, estos salones inmensos y estas galerías sombrías que se pierden de vista?

»La luz de los ojos de la señorita Nicolasa de Fonterose.

»Ya era hermosa cuando la ví por primera vez en París; ahora es encantadora.

»Ni sus ojos, ni su frente, ni su estatura, ni su talle, tienen nada de particular, pero su conjunto es un dechado de gracia y de distincion, que seduce y arrebatata.

»He salido de París con la resignacion de la víctima que camina al sacrificio.

»¡Extraña metamórfosis! No hace más que dos horas que he llegado á Santa Gilda y ya estoy enamorado perdidamente enamorado.

»He hecho mi presentacion en el momento de estar reunidos en el salon de honor del castillo todos los huéspedes de la marquesa.

»Entre ellos estaban el baron y la baronesa de Fontailles.

»Afortunadamente no saben nada, y ahora me felicito del secreto de que he rodeado mis amores. La baronesa tiene la lengua demasiado suelta, y hubiera cometido una imprudencia. El baron, si sospecha algo, es un hombre de mundo, y no me venderá. Los demás, excepcion hecha de Estrelles, no conocen á Juana. ¡Pobre Juana! Quisiera olvidarla y no puedo. Me parece que nos separan miles

»de leguas. En cuanto me case, la indemnizaré de mi ingratitud.

»Tambien está aquí el viejo general Chamberfot. Es un tipo curioso.

»He creido sorprender entre él y la institutriz de Nicolasa miradas de inteligencia.

»Pero mi única preocupacion en estos momentos es Nicolasa.

»Creo que la marquesa tenía razon. No la soy indiferente. Me ha recibido con la mayor afabilidad. Para pasado mañana me ha propuesto una excursion á caballo por sus dominios. Mañana vamos de caza.

»Si va Nicolasa, figuraré en la partida. Si no va, pretextaré una indisposicion para quedarme con ella.

»Apresura tu viaje. Quiero que juzgues por tí mismo si es exagerado mi entusiasmo.

»Ahora acabo de ver á mi prometida asomada á la ventana de su cuarto. No me he podido contener y la he mandado un beso con la mano.

»Creo que se ha asustado, porque me ha dado con la ventana en las narices.

»Ven, ven pronto.

»Si ves á Juana, silencio, silencio por Dios ¡Pobre Juana!

»Te estrecha la mano.

»Tu amigo

»ROGER.»

»P. D. He escrito dos líneas á Blunner, diciéndole que mis negocios van bien, para tranquilizarle. Despues de vendidos todos mis bienes, quedará á deberle un millón próximamente. Pero un millón para mí es una miseria. La fortuna de Nicólasa es colosal, amigo mio, colosal...»

Cuando Máximo recibió esta carta no se habia levantado todavía, y su lectura le produjo una viva irritacion.

Pero no tardó en tranquilizarse.

Despues de todo, no se trataba de un asunto propio. ¡Dos mujeres burladas! Si se vengaban al descubrir el engaño de que habian sido victimas, él en ningun caso podria ser el que perdiera.

Mas fácilmente perdonaba Máximo el lazo tendido á la señorita de Fonterose que la traicion hecha á Juana, tan bella y tan digna de ser amada.

Se concentró en sí mismo y reflexionó.

¿Tendria celos de los éxitos de Roger?. No. Pero le mortificaba, sin querer, la fortuna de aquel hombre á quien le bastaba presentar la batalla para ganarla: su ruina excusaba su doble traicion. Pero él, ¿no habia pospuesto nunca una mujer á otra?

El resultado de sus meditaciones fué afirmarse en el propósito de realizar su proyecto de viaje á Santa Gilda, dejando el mundo como le habia encontrado, con mujeres faciles y mujeres inocentes, hombres volubles y hombres timoratos.

Los personajes reunidos en Santa Gilda le ofrecian una temporada agradable en aquel rincon de la Bretaña, á más de los encantos de la naturaleza del país, exuberante de belleza y de grandiosidad.

Tomada su resolucíon, levantó perezosamente el brazo y tirando del cordón de la campanilla, llamó á su ayuda de cámara para que le vistiese.

## XVII.

**Ansiedades.**

A la misma hora que Máximo, se levantaba Juana despues de una noche de insomnio y de calentura.

Se envolvió en una bata de muselina y llamó, cuando el reloj daba las nueve.

—¿He tenido alguna carta? preguntó á su doncella con mal disimulada ansiedad.

—No, señora.

—Es singular. Abrid los balcones.

La luz del dia iluminó de lleno el semblante de Juana, pálido y desencajado.

—¿Habeis pasado mala noche, señora? le preguntó su doncella.

—Sí.

—No os sentís bien.

—No sé lo que tengo. Quiero vestirme.

—¿Vais á salir?

—Sí, contestó Juana acercándose al tocador.

Y despues de mirarse al espejo, murmuró:

—Estoy horrible.

—Se pasó un peine por la cabeza, se puso el vestido que la dió su doncella sin fijarse en cual era, se calzó los guantes y salió precipitadamente, montando en el primer carruaje de alquiler que halló al paso.

A la calle de la Universidad, dijo al cochero.

Máximo estaba ya en su despacho cuando su ayuda de cámara le anunció que una señora deseaba verle, dándole una tarjeta.

—«Juana Trelan» leyó, no sin asombro. Que entre á esa señora inmediatamente.

Al primer golpe de vista comprendió el estado de ánimo de Juana.

—¡Vos aquí! exclamó Máximo tendiéndola la mano.

—Confesad que mi visita no os parece natural.

—Si Ambarés no fuera tan amigo mio, vuestra visita, en vez de extrañarme, me llenaria de júbilo.

—Sois muy galante, pero esta vez habeis elegido mal la ocasion de recordármelo. No vengo por vos, si no por mí. Debías esperarme y á vuestra penetracion no se oculta ciertamente el objeto de mi visita.

—Estais muy agitada.

—Sufro mucho.

—¿Por que?

—Me abruma el presentimiento de una gran desgracia.

Máximo se sentó al lado de Juana y la cogió una mano.

—Os la abandono como si en vez de ser mi amigo fuérais mi médico. Tengo calentura, ¿no es verdad?

—Tranquilizáos, y confiad en mí. Ya sabeis el sincero afecto que me inspirais.

—Lo sé; por eso espero que me digais toda la verdad. Roger me engaña. Mas aún: Roger me vende miserablemente.

—Es una suposicion.

—He estado mucho tiempo ciega, pero hoy veo la horrible realidad de mi situacion. Roger es un traidor. Me avergüenzo de haberle amado. Sed vos conmigo más leal que él. ¿Os ha escrito?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Esta misma mañana he tenido carta suya.

—Sois un hombre de honor.

—Procuro serlo.

—Dadme á leer la carta de Roger.

Máximo se estremeció.

La carta estaba sobre la mesa, é instintivamente hizo un movimiento para cogerla y metérsela en el bolsillo.

Pero Juana, reconociendo la letra, se levantó bruscamente y se la arrebató de entre las manos.

—No la leereis, exclamó Máximo levantándose á su vez.

—Teneis razon, murmuró Juana arrojándola nuevamente sobre la mesa. ¿Para qué he de leerla? Sé

todo lo que dice. He dicho que sois un hombre de honor, y siéndolo, no podeis vender el secreto de vuestro amigo. Roger va á casarse. Ya no puedo dudarle. Sí, va á casarse olvidando todos sus juramentos. Yo no se los exigí. Ellos hizo voluntariamente. Pero ¡engañar á una mujer! ¿Qué significa engañar á una mujer? No he sido para él más que un juego, un entretenimiento, un pasatiempo. Le estorbo para sus planes y se deshace de mí. No tengo ningun derecho sobre él, y no daré ningun paso para hacer que vuelva á mis brazos. Es libre, completamente libre. No tenia más que su palabra; pero... ya veis lo que vale la palabra de un hombre que presume de noble.

Juana, con los ojos bañados en lágrimas, dió un paso hácia la puerta

Máximo la obligó á sentarse.

—¿No le amais ya? la preguntó.

—No lo sé, estoy loca. Toda la sangre de mi cuerpo la tengo en la cabeza. ¡Qué feliz sois! No comprendéis el dolor de una mujer que lo ha sacrificado todo al amor de un hombre. No podeis comprenderlo. Si me preguntais lo que pienso hacer, no podré contestaros. Abandonaré mi casa, abandonaré mis joyas y mis galas, huyendo de todos estos testigos de mi infamia, quedaré tan pobre como era cuando conocí á ese hombre á quien no volveré á ver nunca. Os lo juro, y sabed que mis juramentos no son como los de vuestro amigo. Despues... despues no sé lo que será de

mí. Tal vez volveré á ser una mujer honrada, reduciéndome á mi antigua condicion de institutriz. Tal vez me arrojaré en el lodo del vicio para vengarme de los hombres, burlando su amor como ha sido burlado el mio.

Máximo oia á Juana con profunda emocion.

—Os escucho y os compadezco, la dijo para tranquilizarla, porque vuestros temores no descansan mas que en una suposicion quimérica. Esperad, para juzgar á vuestro amante, á tener una prueba indudable de su traicion. De algun tiempo á esta parte, su situacion financiera es muy grave. Ha perdido sumas enormes en la Bolsa, en las casas de juego y en el Círculo. Tiene acreedores, y de ellos es de quienes ha huido. En esta carta me confia todas sus penas. ¿Quereis convencersos por vos misma?

Juana hizo un movimiento negativo.

—Si no os ha dicho nada, ha sido para evitaros el disgusto que la verdad de su situacion os causaria. Es una atencion que debeis agradecerle. Creo que no dudareis de mi amistad. Tened en adelante confianza en mí, y confiadme todos vuestros pesares. ¿Quién no lleva algun dolor dentro del alma? Sois una mujer adorable. Hay en vos algo que me atrae irresistiblemente y que no puedo explicar. No comprendo que el hombre que os ame y os posea pueda abandonaros ni pensar en otras felicidades. Pero la vida está llena de sorpresas. Roger, que ha sido mi camarada de

colegio, tiene sus defectos. Nadie es perfecto en este mundo. Su pasión por el juego le ha perdido. Además, carece de voluntad para resistir sus deseos. No retrocede ante ningún obstáculo para satisfacerlos. Sin embargo, no puedo creer que falte á los compromisos que tiene contraídos con vos. Creedme, Juana. Esperad. Os escribiré. Tal vez esté ya la carta en el camino. ¡Quién sabe si la encontrareis ya en vuestra casa! Os ama. Me lo dijo al despedirnos. Sus pérdidas le han trastornado el juicio. Perdonadle el misterio en que ha envuelto su viaje, No ha tenido valor para daros el último abrazo.

—Si me amara, ¿tendría secretos para mí? Si es pobre, yo le hubiera consolado y dado fuerzas para luchar. No le amaba por su fortuna. Ya sé todo lo que quería saber. Os doy las gracias por el interés que os inspiro, y, siguiendo vuestros consejos, esperaré.

Máximo miraba á Juana con admiración.

—¿Os vais? dijo al ver que se levantaba.

—Sí, le contestó Juana.

Y fijándose en una maleta de viaje que había al lado de la chimenea, añadió:

—¿Estais preparando vuestra maleta?

--Sí. Esta noche salgo de París.

—¿Vais á reunirnos con Roger?

—Sí.

--¿Debemos decirnos adios, ó hasta la vista?

—Hasta la vista. Roger no es malo como creéis.

—¡No le defendais! exclamó Juana, con mal disimulada indignación. ¿Seríais vos capaz de hacer lo que ha hecho él?

Máximo no la contestó, pero fué una contestación la mirada que clavó en su pálido semblante y la fuerza con que la estrechó la mano.

## XVIII.

**La ventana de Santa.**

Mientras Juana Trelan y el Conde de Presle formaban el proceso de la traición de Roger, una numerosa y lucida cabalgata atravesaba la parte del bosque de Santa Gilda, lindante con Penhoet.

Esta cabalgata se componía de la vizcondesa de Revilly, el capitán Estrelles, el general Chamberfot y el barón de Fontrailles.

A su cabeza, pero á alguna distancia, galopaban, uno al lado del otro, la señorita de Fonterose y Roger.

Nicolasa, menos preocupada que de costumbre, escuchaba las declaraciones de Roger, excesivamente líricas.

No le contestaba sino con monosílabos, pero aprobaba, unas veces sonriéndose y otras con elocuentes movimientos de cabeza, sus arranques de pasión y sus frases ingeniosas.